


# ECO DEL SEGURO

AÑO VIII.

CIEZA 24 MARZO DE 1912.

NÚM. 353.



IV ANIVERSARIO  
DE LA SEÑORA DOÑA  
**Concha Carrillo Camacho**  
Que falleció el día 26 de Marzo de 1908  
á los 23 años de edad.  
R. I. P.  
Su afligido esposo D. Antonio Pérez  
Caño y su hija Pepita; desconsolados  
padres Don Mariano y Doña Josefa,  
apenados hermanos Doña Josefa, Don  
Adolfo, Doña Carmen y Doña Visita-  
ción; padre, hermanos políticos primos  
y demás parientes,  
Ruegan á sus amigos la tengan  
presente en sus oraciones.  
Cieza 24 de Marzo de 1912.

## Del Día

Conturba el ánimo y apoca el espíritu, contemplar la forma que tienen de resolver los más graves asuntos, políticos, económicos, religiosos, sociales y administrativos, los más poderosos y encumbrados gobernantes. Y apoca el espíritu y conturba el ánimo, porque gastan, ó mejor dicho, malgastan el tiempo, en cosas inútiles, dejando abandonadas las más graves cuestiones y los más importantes problemas.

¿Y para eso luchan y se afanan por escalar los puestos del gobierno?

No nos explicamos como un hombre haga renuncia y abstracción de sus ideas, anteponiendo, en la mayoría de los casos, el estómago ó el bolsillo á la inteligencia ó el cerebro.

Vemos con harta frecuencia que los hombres medianamente instruidos, en cuantas ocasiones se les presentan, anuncian programas regeneradores para la sociedad; se proclaman jueces severos para perseguir las infracciones legales; se erigen en administradores intachables para salvar las situaciones más difíciles; se presentan, ante los incautos que los oyen, como generosos y desprendidos, no quieren nada para sí, todo para los que los han de elevar; y una vez que escalaron el puesto ansiado, una vez que consiguieron alzarse unos codos sobre los demás, ven á aquellos que de peldaños les

sirvieran como átomos diminutos, á su lado; piensan que honran con el saludo á los que antes el saludo suplicaran y juzgan tan poco á los que fueron y son, en realidad, más que ellos, que apenas se permiten el honor de escucharlos.

¡Así es de pobre el corazón humano!

¡Los enanos del hoy se tornan en gigantes del mañana y los Sansones de ayer se convierten hoy en pigmeos!

La loca Fortuna, esa dama ciega y veleidosa, otorga sus mercedes y favores á diestra y siniestra, sin atender á quien colma de tesoros ó á quien sepulta en la miseria.

Y con estas herencias, los hombres que llegan á tropezar con la diosa, y consiguen, sin esperarlo, dádivas sin cuento, se olvidan de sí propios, de cuanto fueron en otros días, y de humildes se tornan en soberbios; de tacaños en pródigos, sin que fueran útiles sus liberalidades; de medrosos en arrestados; de prudentes en fátuos; de indoctos en petulantes y de afables en estúpidos.

¿Qué labor hizo digna de loa ante la sociedad, para conseguir estos puestos que hoy ostenta quien ayer era.... nada y hoy lo es todo?

¿Trabajó noblemente regando con el sudor de su rostro el polvo que después holló su planta?

¿Luchó con denuedo por conseguir esplendorosa victoria en la desesperada batalla de la vida?

¿Ejerció, sin reposo, su carrera, beneficiando en lo que pudo al necesitado?

¿Ennoblecó el arte ó la industria que tuvo, corrigiendo las deficiencias de que su industria ó su arte adolecieran, procurando poseerlos cumplidamente, para, al par que ennoblecer más y más su nombre con sus correcciones é inventos, ennoblecer á dichos artes ó industrias?

¿Propaló las teorías sanas que en su cerebro bulleran para conducir á los hombres por buen camino: por la senda de la virtud, de la honradez y del trabajo?

Nada de eso. Todo lo consiguió á fuerza de arrastrarse, de adulaciones, de lisonjas, de indignidades.

Abrid el libro del mundo; leed

en sus páginas, y vereis que en todos los tiempos, el noventa y cinco por ciento de los hombres que han sido, lo fueron por andar el camino ya trillado de aquellos procedimientos humillantes. Escalaron las cumbres del mandar y del poder á fuerza de recibir sonrojos y de aguantar vejámenes; lo fueron por que no miraron más que á su fin, á su medro, á su ideal, sin volver la cara y sin padecer por nadie; pues se hicieron la cuenta y la reflexión siguientes: «Cuando no soy nada, callo y.... prosigo, y cuando sea... ¡Ah, cuando sea, pobres de vosotros los que me habeis humillado!»

Y llegan á las alturas, y dentro del inmenso radio de su soberbia, no quieren convencerse, en su ignorancia supina, que son más pobres que antes, más necios que antes, y más prisioneros que siempre lo fueran.

Ellos encargados de hacer la Ley, son los primeros en barrerla; ellos encargados de velar por el orden, son los primeros en alterarlo; ellos cantores entusiastas de la justicia y de la razón son los primeros en perseguirlas; y...también son los primeros en azuzar á los mismos ignorantes á quienes siempre engañaron á que denuncien actos punibles, hechos censurables, ruines acciones, las que pueden ellos mismos corregir y castigar, y presencian la comisión de los delitos sin que su conciencia les llamara á poner coto á los desafueros ó los desmanes.

Y si en las columnas de los periódicos se denuncian estos actos reprobables, se amordaza á la prensa, y si un ciudadano se declara partidario del orden y de la Ley, se amordaza al ciudadano. ¿Pues qué se pide? ¿Qué se quiere?

Ejemplos prácticos registranse á millares en la Historia: El Marqués de Cabriñana, el Conde de las Almenas y muchos otros más en nuestros días, corroboran nuestros asertos.

Todo lo digno de respeto es pesado lastre y más dura y pesada indumentaria en nuestros días.

Pero es que volvemos la cara á los tiempos pasados y también en

los pasados tiempos eran los hombres como hoy: Desde Adam que por ser tanto como Dios, perdió las delicias del Paraíso que Dios le otorgara.

Hace ya muchos, muchísimos años, (era yo un chiquillo,) recuerdo que á mis manos llegó un periódico y en sus columnas leí lo que sigue:

«¿Justicia y ley? Palabrería vana.  
¿Moralidad? Escrúpulos de monja.  
¿Conciencia? El desayuno de los pobres.....  
Con su pan se lo coman.

Y, hoy, como entonces está la sociedad. Y los políticos se enriquecen á fuerza de chupar al pueblo la sangre sana y repleta de glóbulos rojos; pocos llegan á conseguir las fortunas que poseen con su trabajo; y así lo afirmo, porque yo, como el baturro del cuento, «nunca he visto crecer al río con agua clara.»

RAMÓN M.<sup>a</sup> CAPDEVILA.

## AUTOBIOGRAFÍAS

De autores cómicos

II

Me piden recuerdos...  
me dicen que cante  
mi nombre y mis hechos, mi vida y milagros;  
¡voy á confesarme!  
Allá va la historia,  
corra por las calles,  
venga la vihuela, verán que aventuras  
que voy á contarles...  
Nací en Zaragoza,  
y fueron mis padres  
un hombre modesto y una dama noble,  
los dos muy cabales.  
Ni nací en mi casa  
ni nací en la calle,  
nací en el teatro, y en noche de gala;  
¡qué cosa más grande!  
Era el cumpleaños  
de la reina madre,  
y estaba la mía en el gallinero  
echándose aire.  
A mitad de un acto,  
¡vaya un paso grave!  
cata que á mi madre le dan los dolores  
y corriendo sale.  
Entre cuatro amigas  
abajo la traen,  
¡y salgo yo al mundo en el propio cuarto  
del cómico Mate!  
Tal fué mi llegada,  
y ocurrió este lance  
el mes de las flores del cuarenta y cuatro.  
¡Cincuenta años hace!  
Mi padre quería  
que yo edificase;  
que él era arquitecto y al hijo pensaba  
sus obras dejarle.  
Pero yo soñaba  
con letras y artes,  
¡y hacirme soldado y andar por el mundo!

